



Año I.

Madrid 21 de Mayo de 1866.

Núms. XXXIII y XXXIV.

LA VERDADERA REVOLUCION.

ANTE las cifras espantosas de la estadística criminal, queda sobrecojido el espíritu y penetra en él esa vacilación inexplicable que hace dudar un momento en la eficacia de los remedios para combatir ese mal que trae en pos de sí otros mayores.

Terrible es, en verdad, esa manifestación del crimen, ese puñal asestado en la sombra por el malvado contra la tranquilidad de la familia.

Las aberraciones de la naturaleza que inducen al hijo, ciego y desatentado, con la razón perturbada y la mano trémula, á terminar alevemente los días del ser á quien debe la existencia, del que lleva el sagrado nombre de padre; los extravíos del sentimiento, y hasta del instinto, cuando se presentan en las sangrientas páginas de la historia del crimen, aterrorizan, hacen enmudecer y llegan á introducir esa duda amarga que ofrece obstáculos á los que anhelan ver la desaparición de las horribles penas con la de los grandes delitos.

El corazón se estremece ante la desconsoladora idea de que existen madres que abandonan el fruto de sus entrañas, con inaudita crueldad, perdiendo hasta el último átomo del sentimiento, y dejando entre las más oscura sombra los misterios de la conciencia.

En el hombre que con serena calma, quizá por la promesa del oro, lleva á cabo el crimen meditado, en el que hiere con mano infame al ser que con la madre recibe los primeros suspiros y recoge las primeras lágrimas, creéis que exista acaso la educación

con todas sus bienhechoras influencias? ¿Creéis que es irremediable ese mal si se acude con tiempo á evitar que el ejemplo se repita?

Si en esas madres, que reniegan, en un momento de locura, de los sagrados vínculos de la naturaleza, que rompen los dulces lazos que deben unirlos á los hijos, hubiera un principio de moralidad siquiera; si su razón pudiera acudir á los recursos de una inteligencia alimentada con los sabrosos frutos de la virtud y aleccionada por un ejemplo sano, ¿creéis que llegaría á faltarse á sí misma, en la persona de un hijo, en el ser que concentra todas las esperanzas, todos los deseos, todo el amor de la mujer?.....

No es posible dudarlo siquiera: la estadística criminal descendería notablemente si esa misma sociedad, que luego castiga con rigor no mirase con negligencia la base de todo lo bueno como de todo lo malo: la educación.

Verdades son estas que por más repetidas que sean, nunca lo serán bastante, y nosotros no nos cansaremos de proclamar un día y otro día la necesidad de acudir al origen de los males.

Por falta de educación religiosa y social se desarrollan en los niños los grandes vicios.

Y nosotros comprendemos el ejemplo como parte de la educación. Tal vez en ese principio se funda la máxima sagrada que anuncia el castigo de los pecados de los padres en los hijos hasta la cuarta generación. El ejemplo extiende su maléfica sombra á los hijos, y de ahí el vulgarísimo proverbio castellano: ¡A tales padres tales hijos!

No es, por lo tanto, cuestión esta que debe abandonarse una vez indicada; y antes al contrario, creemos que es necesario insistir en ella, porque solo así, y aun á riesgo de hacernos enojosos para nuestros lectores, es como lograremos acaso hacer comprender la importancia de este punto, el más

digno de atención entre los que dilucidan las ciencias sociales.

Puede haber algo más digno ni más honroso para los que sienten en su alma el bienhechor impulso que los animan á contribuir al bienestar de sus semejantes, á la paz del hogar, á la moralidad de los pueblos?

Cuán glorioso sería para la presente generación preparar el terreno para la que ha de sucedernos, realizar la influencia del mal, haciendo todo el bien posible.....

Hacer que la luz llegue á todas las inteligencias, que el manantial de los principios morales alcance á todos, oponer la inmensa valla del bien á los infinitos males que nos cercan: tal es el término de la vía del progreso en la verdadera acepción de la palabra.

Así comprendemos nosotros el progreso. Si pasados algunos años hemos conseguido rebajar el número de los criminales, y como consecuencia natural ha ascendido el de los honrados ciudadanos, el de los artesanos laboriosos, el de los notables artistas; si la política ha perdido el carácter personal que hoy, de ciencia de gobernar, la convierte en lucha apasionada; si se comprende la ineficacia de apelar á la fuerza y el espíritu que debe predominar en la educación de los niños: si la estadística, esa hija de la experiencia, viene á demostrarnos que el principio de autoridad no decae, que las virtudes domésticas van ganando terreno, que el lujo, ya sin fuerza, no es un elemento desmoralizador; si la buena lectura encuentra ancho campo para propagarse, entonces convendremos en que el progreso es una verdad indisputable, entonces viviremos persuadidos de que los gobiernos, como los particulares no han mirado con negligencia lo que tanto interesa para el porvenir.

Los ilusos revolucionarios que buscan en los trastornos sociales un medio para el progreso, y esporan el día en que la fuerza decida lo que la razón no ha podido llevar á feliz término; esos hombres que quieren el orden á través de las luchas encarnizadas que paralizan el comercio, alteran la pública tranquilidad y que todo lo estacionan; esos hombres no merecen la significación de revolucionarios; lo que ellos alcanzan es el retroceso, el derramamiento de sangre, el llanto y la desolación para las pobres madres.

Si buscáis el bello ideal de la felicidad de los pueblos, no vayáis por ese camino. Si sois grandes políticos, eminentes hombres públicos, y deseáis el bien de la patria, plantead benéficas instituciones; cuando esteis en el poder dad el ejemplo, y demostrad visiblemente ese gran impulso que os arrastra.

Contentaos, si no ocupáis el poder, en señalar las grandes mejoras; influid para que la enseñanza no se niegue á nadie, para que falte la sociedad castigando á aquel á quien pudo salvar del precipicio de la pena.

Estableced bibliotecas populares; proponed que se aumente el número de los maestros; haced obligatoria la enseñanza: que á tal remedio debe

recurrirse cuando de él depende el mejoramiento de las costumbres y la ventura de los pueblos.

Cerrar los ojos á lo pasado, y no querer volverlos hacia adelante, hacia el día de mañana, es falta que la conciencia no debe perdonar nunca.

La sociedad que tiene en su mano el medio de mejorar su estado, y lo desprecia y lo olvida, es responsable de los crímenes que por tal descuido se cometan y llevará eternamente una mancha indeleble, que sea su padron de ignominia, su más terrible castigo.

Podrá decirsenos que en vano insistimos, que inútilmente nos lamentamos, que todo seguirá como hasta aquí, y que nuestras observaciones no pasarán de un buen deseo.

A nosotros nos basta con intentar el bien, indicar los remedios que pueden oponerse á que el progreso sea una verdad, y llamar en nuestro auxilio á los hombres que tienen en gran estima el principio bienhechor de la educación bien dirigida, principio harto descuidado en nuestros días, y único amparo á cuya sombra se acogen la felicidad de la familia, y el orden, y la tranquilidad de las naciones.

E. Llofriu y Sagera.

LA NIÑA DE LA VEBENA.

dedicada á mi querido amigo

DON MANUEL VALCARCEL.

Sonoro bullir resuena;
Pastores cantando van;
La noche es fresca y serena;
Todo alegra la verbena,
La verbena de San Juan.

Al son de las panderetas,
Las gaitas y tamboriles
Dánse á las auras inquietas
Los ayes de los poetas
De aquellos prados gentiles.

La niña de la montaña
Su blanco vestido aliaja;
Si no es á la fiesta extraña.
No olvidará su cabaña
La que recuerda que es niña.

Gustando de alegres bromas,
Pastoras de esbelto talle
Bajan empinadas lomas
Cual bandadas de palomas
Que van á posarse al valle.

Serrana, de tez morena,
Tú también con loco afán,
Para despertar mi pena,
Fuiste niña á la verbena,
La verbena de San Juan.

El monte alumbró la hoguera,
Y á su alegre resplandor
Te vi bajar placentera,
Desde el monte á la pradera,
Que fué cuna de mi amor.

Mil luminarias se vian,
Mas de sus reflejos rojos,
Conque los prados vestian,
Sus brillos palidecian
Ante la luz de tus ojos.

Desque niña yo te ví,
El alma de mí se huyó;
Devuelve lo que perdí,
Pues si mi alma está en tí
Cómo puedo vivir yo?

Mi choza está en la colina,
Junto á un florido vergel
Que alegre valle domina,
Hay fuente en él cristalina,
Y flores crecen en él.

Ven, que te llaman mis flores
Y mi fuente de agua clara,
Dá á las primeras olores,
Y al arroyuelo colores,
Espejo al ser de tu cara.

Soy de una anciana la vida
Con vida que en tí perdí,
Mi madre niña garrida
Busca tu imagen querida
Desque me encuentre sin mí.

Y sin afanes prolijos,
Tendremos á sus consejos
En ella los ojos fijos,
Porque el amor de los hijos
Es el vivir de los viejos.

Las nieves, si tú me amas.
Serrana, podrás burlar,
Que henchido de secas ramas,
Estrepitosas las llamas
Darán consuelo á mi hogar.

Si el cierzo tu aliento toca
E infiere á tu boca agravios,
Yo entonces, la mente loca,
Daré calor á tu boca
Con el fuego de mis labios.

¡Oh, ven! mas pido perdón
Si mi voz dispierta enojos;
Ten, Serrana, compasion
Al leer mi corazón
En el libro de los ojos.

Desque niña yo te ví,
El alma de mí se huyó;

Devuelve lo que perdí,
Pues si mi alma está en tí,
Cómo puedo vivir yo?

Serrana, niña morena,
Mi fé, mi vida á tí van;
Si das consuelo á mi pena
Bendeciré á la verbena
La verbena de San Juan.

Celestino Pujol y Camps.

LALOCURA CONTAGIOSA.

ANÉCDOTA DEL SIGLO XVII.

Á un cuarto principal de una casa nueva, sita frente al Rastro de Valladolid, córté á la sazón de Felipe III, subian una tarde del otoño de 1603, mano á mano, y en conversacion al parecer de grave importancia, una mujer y dos hombres, personas los tres de razonable edad: el uno con sotana y manteo de raja de Florencia; el otro con capa larga y gorra, baston, guantes y grandes anillos; y ella con tocas blancas y saya de jerga: es decir, un eclesiástico, un médico y una beata. «Quien nos haya visto venir acá juntos desde la iglesia de San Ildefonso (dijo sonriéndose el eclesiástico al poner el pié en el primer escalon), se habrá figurado que vamos á visitar á un enfermo de peligro.—¿Parécete á vuesa merced, señor cura (replicó la beata), que es enfermedad poco peligrosa la de mi hermanastro?—Aun (replicó el médico) no nos ha dado cuenta vuesa merced sino de algun que otro sintoma, que no me parece decisivo.—Ahora (prosiguió el cura) nos informará con más detencion y descanso la hermana Magdalena, porque, hasta aquí, más nos ha aturrido con exclamaciones que instruido con noticias.—Por eso rogué á vuestras mercedes (dijo Magdalena) que viniesen á casa, y aprovechásemos la buena coyuntura que se nos ofrece, por haber salido mi cuñada, mi hermana y sobrinas.»

Llamó en esto la beata á la puerta, y habiendo preguntado desde adentro una voz el sabido *quién es?* Magdalena respondió: «A bre, María.» Abrió al punto la criada, y la beata, haciéndole primero una seña, como de quien encarga sigilo, preguntó muy quedo á la moza si seguia aún el amor en su cuarto. «Todavía está allí (contestó María), y tan enfascado como siempre.—Vuestras mercedes me hagan la honra de pasar á la sala,» dijo la beata á sus dos acompañantes; entonces, y dirigiéndolos ella, entraron en una pieza capaz y limpia, bien que algo alhajada con pocos y pobres muebles. Con esto, y con mandar á la criada que sacase chocolate al señor cura y al señor doctor, se retiró la moza, y quedando solos los tres interlocutores de al principio, entablaron, segun noticias, la siguiente conversacion:

EL CURA. (*bajito*).

Conque díganos vuesa merced: ¿qué más motivos tiene para creer que el señor hermano se halla tan mal de cabeza?

MAGDALENA.

Donde reclinara la mia me falte, señor cura, si no es cierto lo que imagino. Pues, señores.....

(*Suena en el aposento inmediato una ruidosa carcajada.*) ¿Oyen vuestras mercedes? Esas risas son las que me hacen llorar: desde que vino mi cuñado de Sevilla, donde estuvo preso, ha dado en la flor de encerrarse en ese cuarto y de soltar de cuando en cuando unas risotadas que me estremecen. Cuando le hablamos, anda siempre distraído, y de ordinario contesta fuera de propósito: á mi entender, el sentimiento de haberse visto en una cárcel y acusado injustamente de defraudador de la Real Hacienda, junto con la pesadumbre de considerar el desamparo en que su prision dejaba á su familia, que somos cinco mujeres, sin contar con la moza, á quienes hasta ahora ha mantenido honradamente con su trabajo; estas consideraciones, repito, han hecho en su ánimo mucha mella, y han debido trastornarle un poco el cerebro.

EL MÉDICO.

Imposible no es: un hombre pundonoroso, y que pasa ya de cincuenta...

MAGDALENA.

Es que hay otra cosa, y á fé que el señor cura me dé la razón. Mi madre, doña Leonor de Cortinas, que santa gloria haya, me tiene dicho tantas veces, afligida de la traviesa indole de mi hermano; me tiene repetido tantas veces llorando, ¡que las locuras de su hijo habían de dar que decir al mundo! Las predicciones de los padres...

EL CURA (*tomando el chocolate que trae la criada*).

Ciertamente son avisos de Dios. (*Ap. Agasajo de chocolate como este, bien se podía perdonar.*)

EL MÉDICO (*despachando su flicara*).

Pero esas risas pueden provenir de que el señor hermano tenga algún motivo oculto para estar contento; acaso sus negocios prosperan...

MAGDALENA.

¡Qué han de prosperar, señor doctor de mi alma, si jamás se ha visto peor! En otro tiempo escribía comedias, que le daban algo de sí, porque los comediantes y el auditorio las recibían bien; pero ya dicen todos que ha perdido la gracia, y que ni aun sirve para componer coplas de ciego. Acomodo estable no ha podido lograrlo nunca; las cobranzas esas que tenía le ocasionaban continuos viajes y desazones, y le rendían muy poca utilidad; como fué soldado, no se dá maña para hacer la corte á los señores de ella, y así ninguno le atiende: conque ya vé vuestra merced ¡qué motivos de alegría le asisten! Pero lo más particular es que desde que le ha acometido esa manía, se rie de cualquiera cosa por sencilla que sea, y le ocurren unas bobadas, que jamás se han visto en él ni por pienso; pues seguramente que nunca ha pecado de bobo mi hermano de madre. Figurense vuestras mercedes si es para extrañar el caso que voy á referir, que es el primero en que yo reparé. Recien llegado mi hermano de Sevilla, tuvo que tratar con un labrador de Sepúlveda no sé qué asuntos correspondientes á la administración de unas tierras de aquella villa; y como en la lista de ellas hubiese una, sita en un término que parece llaman de *Sancho Pulza*, no bien oyó este nombre mi buen hermano, rompió á reír como un mente-

cato, diciendo: «¡Famoso nombre, mudándole algo. Famoso!» Porfiaba el labrador que no había que mudar al tal nombre nada, y mi hermano que sí; y anduvieron de este modo altercando media hora hasta que se separaron los dos; el labrador harto mohino, y mi hermano muy satisfecho. Pocos días despues habíamos salido él y yo á dar una vuelta fuera de la ciudad, y al subir una loma, encima de la cual hay un molino de viento, vimos que un muchacho se agarró ó se dejó coger, no sé cómo, de una de las aspas del molino, que le volteó y arrojó á gran distancia, dejándole sin sentido del golpe. Yo me asusté de manera que no pude dar un pa so para socorrer al chicuelo; mi hermano acudió á él, le alzó, y le hizo volver en su acuerdo; pero ¡querrán vuestras mercedes creer que mientras le levantaba y hacia por volverle en sí, no paraba de reirse, exclamando:

«También es rara casualidad! ¡Vaya, que no puedo contener la risa!»

EL CURA.

Poco cristiano es en verdad eso de alegrarse del mal del prójimo.

EL DOCTOR.

Que se alegre un médico de que se le presente ocasión de hacer una buena cura, pase; pero un ingenio lego no está en igual caso. Con todo, aun eso no prueba que el amigo se halle fuera de juicio.

MAGDALENA.

Pues vaya otro pasito más. Vuesa merced, si no me engaño, es pariente de aquel famoso Juanelo Turriano, el del artificio para subir el agua del Tajo á Toledo.

EL DOCTOR.

Cierto que sí.

MAGDALENA.

Vuesa merced mismo es quien me ha contado aquel lance de Juanelo con el Emperador...

EL DOCTOR.

En efecto, yo he sido.

EL CURA.

Que lance es ese?

EL MÉDICO.

Uno que no deja de ser curioso. Cuando el César Carlos V, habiendo renunciado las coronas imperial y real, se retiró al monasterio de San Jerónimo de Yuste, Juanelo, deseoso de dar á su Majestad un buen rato, construyó una máquina de figuras de movimiento que representaba la batalla de Pavía. Dada cuenta de sus intenciones á los monjes, ellos le proporcionaron con todo secreto sitio á propósito en que armar su tramoya; y cuando estuvo lista, dijeron al Emperador que viniese á ver una curiosidad de buen gusto. Holgóse mucho su Majestad con ella, porque el sitio de la pelea estaba representado al vivo, y las operaciones de los dos ejércitos perfectamente imitadas. Pues como la figura del Rey de Francia hiciese que se retiraba en derrota, y se hubiesen atascado con no sé qué tropiezo las de los nuestros que le perseguían, el Emperador, que tenía los ojos fijos en ellas, como si mismamente estuviese viendo combatir hombres de carne y hueso, se dejó por un momento llevar de su imaginación

guerrera y fogosa, y exclamó á voz en grito, cual si estuviese mandando sus invictas escuadras: «Corre, Juan de Urbietá; Diego de Ávila, corre; que se os escapa el rey Francisco.» Figúrese vuesa merced, señor cura, ¡que efecto harían estas expresiones en todos las circunstancias! Aunque casi todos eran monjes, padre hubo que se arrojó á coger del pescuezo al Rey francés para que no se nos huyera.

EL CURA.

Yo, por mí, le juro á vuesa merced que más hubiera querido presenciar ese lance, que ser presentado para la mitra arzobispal de Toledo.

MAGDALENA.

Pues bien: refiriéndole yo há pocos días ese acontecimiento á mi hermano, soltó también una carcajada, diciendo: «¡Brava aventura para achársela á un titiritero!»

EL MÉDICO.

¡Tratar de titiritero á Juanelo, al insigne mecánico, mi pariente! Vamos, no tiene duda: el hermano de Magdalena está loco.

MAGDALENA.

Pues ¿y lo que le oí decir acerca del piadoso robo del cuerpo de san Juan de la Cruz?

EL CURA.

¡Qué! ¿Se divierte también el señor hermano á costa de los siervos de Dios?

MAGDALENA.

No; pero dijo que él había de dar su merecido al comisionado que hizo el robo, y al Vicario y Prior del Carmen que lo consintieron.

EL CURA.

Y ¿qué es lo que quería dar á los reverendos?

MAGDALENA.

Una buena paliza por mano de no sé qué personaje.

EL CURA.

Palos á ministros de los altares! Vamos, no se puede ya dudar que ese hombre está loco.

MAGDALENA.

¡Gracias á Dios que se convencen vuestras mercedes!

Quedó, pues, con esto calificado de demente el risueño y hasta ahora invisible hermano de la beata, y habiendo conferenciado entre sí los tres calificadores acerca de quién había de ser el que hablase primero al enfermo, para inducirle á ponerse en cura, hubo de recaer la elección, como era natural, en el padre de almas, el cual levantándose y encomendándose á san Ildefonso, abrió la puerta del cuarto donde se hallaba el paciente y colóse dentro con un *Ave María*, seguido de la pregunta: «¿Qué hace por aquí un hombre?» Era la pieza grande, y el cura había cerrado la puerta conforme ántes estaba: el doctor y Magdalena se pusieron á escuchar con grande ahínco, y aún miraron por el agujero de la cerradura; pero no les fué posible ver al maniático ni al cura, ni oír-

les palabra durante un breve rato, hasta que sonó de pronto un duo de carcajadas, en el cual el buen cura reía mucho más ríco que el presunto loco. Miráronse atónitos el doctor y la beata, la cual, como si súbitamente se sintiera agitada de inspiración profética, prorumpió, enclavijando las manos y alzando los ojos al cielo (es decir, á las bovedillas de la sala): «¡Ay! señor doctor de mi vida! ¿Si será locura contagiosa la de mi hermano, y se le habrá pegado al cura? —Oiga vuesa merced, contestó el Doctor, pues no lo diga de chanza, que es cosa que puede suceder, y á fé que esta vez no las tengo todas conmigo. Sin embargo, voy á entrar y á preguntarles de qué se rien, porque á nosotros, los de la profesión, como ya nos conocen, no se nos agarran las enfermedades.» Y diciendo y haciendo, encajóse en el cuarto. Siguióse á su entrada rumor confuso de cumplimientos de bienvenida, y luego otro rumor más suave, que Magdalena no acertó á discernir, aunque se parecía al susurro que hace una persona que reza; y por último, tornó á resonar otra salva de risotadas, aún más estrepitosa que la anterior, por el refuerzo del nuevo auxiliar, cuya voz aún sobresalía sobre la del cura: Aquí fué la confusión y apuro de Magdalena. «¡También, exclamaba, también el doctor se ha contagiado; también el médico se vuelve loco!»

En medio de esta tribulación, é invocando uno por uno á todos los santos del calendario, la hallaron cuatro nuevos personajes femeniles que aparecieron en la sala: dos jóvenes y dos respetables matronas. «Catalina, Andrea, Isabel, Constanza! exclamó Magdalena fuera de sí, dirigiéndose alternativamente á cada una: mi hermano se nos ha vuelto loco, y comunica su locura á cuantos le hablan. — ¡Loco mi marido! — ¡mi padre! — ¡mi hermano! — mi tío! exclamaron á la vez las cuatro. — Pues ¿qué sucede? ¿Qué has notado en él? preguntó Catalina. — Que ha dado en la manía de reirse de todo, y á todos les entra hoy la misma manía en oyéndole: escuchad, escuchad, ¡qué carcajadas dan allá dentro el cura de San Ildefonso y el doctor Turriano! — Es menester que yo aclare esto,» dijo Catalina no poco turbada, y pasó al cuarto, que parecía haberse convertido en el templo de la alegría. Á los dos minutos ya reía Catalina como los demás. Fueron entrando sucesivamente, atraídas de la curiosidad, mezclada con una buena dosis de miedo, doña Andrea, Isabel y Constanza, y á todas tres sucedió lo mismo: de manera que á lo último, reunidas las siete voces ó risas, cada una de tono y sonido diverso, formaban el coro más bullicioso y vario que imaginarse puede. Llamaban á gritos los de adentro á Magdalena; pero ella les respondía más ríco: «No en mis días: ¡guarda Pablo! No quiero reirme, no quiero perder el juicio. — Tú estás libre de eso,» respondió desde adentro una voz un poco tartamuda; y un instante después, vista la terquedad de Magdalena, que no consentía en moverse de la sala, salieron á ella los que estaban en el cuarto: el cura y el médico, las dos jóvenes, las dos señoras mayores, y detrás de todos un hombre que rayaba en la ancianidad, de regular estatura y agradable aspecto, buen color, frente ancha, ojos vivos y nariz aguileña, el cual traía unos papeles en la mano. Salían todos fatigados de lo descompasadamente que habían reído; y el cura, dirigiéndose á Magdalena, le dijo: «No tenga vuesa merced cuidado; que, por ahora, la razón de mi buen feligrés, el

alcalaino, se halla más que medianamente firme; sin embargo de que tengo para mí que la predicción de la difunta doña Leonor, su madre, ha de ser en cierto concepto ampliamente cumplida: las locuras escritas de su hijo el manco han de resonar en todos los ángulos de la tierra.—Mira, dijo entonces el hermano, alargando á la beata los papeles que habia sacado; mira lo que tan ocupado me trae hace algun tiempo, y lo que tanto ha divertido á estos señores.» Magdalena tomó los papeles, y leyó este rótulo en la cubierta: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra.*

Juan Eugenio Hartzenbusch.

A UNA ROSA BLANCA.

Tú, que abriste al mormullo
De la fuente cristalina;
Tú, que, mostrando tu orgullo,
Alzas tu frente divina
Rompiendo el lindo capullo.

Tú, que vertiendo tu esencia,
Tan pura cual la mujer
Que te cortó en su inelemeucia,
Llegas hoy á mi poder
Prendada de tu inocencia.

¿Pretendes tú, pobre flor,
Que en mis locuras consume
La muerte de tu candor?
Ayl que no envuelva el dolor
Los restos de tu perfume.

La mujer que te arrancó
Del tallo que te mecía
Quizas la envidia sintió;
Pero al cortarte olvidó
Que ella, cual tú, vive un día.

Vuélvete otra vez con ella,
Y acaso encuentres la calma
Que lloras en tu querella;
Pues es la gloria del alma
El suspirar de una bella.

Si blanca, dulce, inocente
Pintamos á la paloma,
De amor imágen riente,
Qué he de decir de tu frente
Que baña un cáliz de aroma!

A su pecho angelical
Vuelve otra vez, pura rosa,
Y su frente virginal
Cubra la sombra glacial
De tu palidez hermosa.

Mas ¡ay! es tarde; entre el cieno
Perdiste ya tu pureza;
Vuelve de tu dueño al seno,
Y dile que tu belleza
Mató de un alma el veneno.

Ella, cual tú, blanca y pura
Busque de amor la diadema
En almas de más ventura;
No llegue á la llama impura
Que cuanto toca lo quema.

Pero si loca no advierte
Que mana su pensamiento
Si en mi corazon lo vierte,
Le dices ¡ay! que mi aliento
Lleva en sus alas la muerte.

Que si el llanto no medita
Hijo infeliz del pesar
Que entre sus goces palpita,
Puede tu frente mirar,
Ajada, seca, marchita.

Vuelve y dile á esa mujer
Que con negra ingratitud
Te ha mandado á mi poder,
Que no desprecie su ayer
Si ha de vivir su virtud.

A. Alcalde Valladares.

SAN JOSÉ DE CALASAN.

Perfecto modelo de cristianas virtudes fué el ilustre fundador de las Escuelas Pías. Nada faltó á su grandeza, ni aun la corona de la tribulacion. Y su virtud, purificada por el infortunio, brilla con celestial resplandor á través de las edades, para mostrar al hombre el sendero que conduce á la perfeccion.

Admiradores entusiastas de otras glorias más ruidosas, pero menos puras, apenas fijamos nuestra atencion en esas lumbreras de saber y de virtud que alcanzaron una gloria legitima: la de hacer bien á la humanidad.

San José de Calasan fué uno de esos varones eminentes. Distinguióse desde su juventud, y aun casi desde su infancia, por sus felices disposiciones intelectuales, no menos que por su amor al bien y su cristiana modestia. Parece que solo tenia una fibra su corazon, y esta solo la virtud la hacia vibrar, porque á ella sola amaba.

Jóven era todavía cuando, nombrado visitador de la diócesis de Argel, emprendió la santa tarea de corregir la relajacion del clero y el desórden de las costumbres, logrando admirables resultados con su persuasiva dulzura y su ejemplar conducta. De una comarca centro de corrupcion hizo una diócesis modelo de órden y moralidad. Para obrar este milagro, preciso era que animase á Calasan aquella caridad evangélica de los primeros cristianos, que brotó de la divina semilla arrojada por el Salvador. Así era en efecto, y nada lo prueba tan claramente como su afán de ir á Roma, terminada su mision en Cataluña, presintiendo que allí habia de ser útil á sus hermanos.

En Roma fué donde concibió y realizó la fundacion de las Escuelas Pías. Su noble deseo de hacer bien no pudo tener más perfecta manifestacion.

Sembrar en los tiernos corazones de los niños la bendita semilla de la religion; dirigirlos por el buen

camino; mostrarles la luz para hacérsela amar como él la amaba; en una palabra, hacer resonar en aquellas almas jóvenes e impresionables el sublime *Sursum corda* que él sentía vivo en la suya: tal era el piadoso proyecto de Calasan.

Un día se ofreció á su vista un lastimero espectáculo. Multitud de esos infelices niños cuyo hogar es la vía pública y cuya familia son sus discipulos compañeros, escandalizaban al transeunte con palabras y acciones descompuestas.

El alma tierna y mística del santo sintióse llena de dolor y compasion á la vista de aquel cuadro repugnante. Para él, que sentía por los niños especial afecto; para él, cuya vocacion le impulsaba á dirigirlos por el buen camino, sin duda debió ser doloroso contemplar cómo caminaban hacia el mal aquellos desdichados niños.

Aquel suceso fortificó su vocacion, y le mostró cuán necesaria era la realizacion de su cristiano pensamiento. A ello debió toda la actividad de su espíritu, y sin cejar ante los obstáculos, desplegando todo el celo de que era capaz, no descansó un solo momento hasta conseguir su laudable propósito.

Momento feliz seria sin duda para Calasan aquel en que vió terminada su obra, y se contempló rodeado de aquellos tiernos discípulos, de los cuales la ignorancia pudo hacer otros tantos malvados, y él iba á encaminar por el sendero del bien, sembrando en sus corazones la semilla de la virtud.

Pero el genio del mal no le dejó gozar en paz largo tiempo del placer de ver terminada su obra. La desapiadada envidia quiso manchar con su asquerosa baba aquella vida tan pura, y logró ser atendida y auxiliada. El santo fundador fué encerrado en las cárceles del Santo Oficio: su piadosa fundacion fué deprimida y menospreciada.

Sufrió Calasan aquel infortunio con la serena calma y resignacion en que las almas elevadas soportan las penalidades de la tierra. Entonces pudo muy bien aplicarse aquellas palabras del Apostol: «Padecemos persecucion, mas no somos desamparados: somos abatidos, mas no perecemos.»

Justificado plenamente, y triunfante su virtud (que la virtud acaba siempre por triunfar) continuó dedicando todas las fuerzas de su espíritu al cumplimiento de su mision augusta, hasta que el ángel de la muerte cerró sus ojos á la luz del mundo, y aquella alma noble y virtuosa voló á recibir el premio del bien obrar en otro mundo perfecto.

Tal fué Calasan: tal fué, en compendio, su vida. El bien era el móvil único de todas sus acciones. Para él, pues, solo hubo un camino, y era el que conducía á aquel móvil. Atravesando el camino con alma serena, sin temer á los obstáculos, sin desfallecer un solo momento, con los ojos alzados al cielo: eso es ser grande, eso es ser santo!

Si los divinos preceptos del Salvador están condensados y contenidos en estos dos, que no caian de sus dulcísimos labios: «amad á Dios; amad á vuestros semejantes,» la mayor perfeccion del hombre ha de descansar en su cumplimiento. Y el varon eminente, que, como el ilustre fundador de las Escuelas Pías, dedicó su existencia toda entera á la práctica de aquellos sublimes mandamientos; que empleó todas las fuerzas de su espíritu en hacer el bien sin mezcla del mal; que fué, por decirlo de una vez, el Evangelio en accion, la

caridad en forma humana, merece ser venerado como el tipo del hombre perfecto, y su gloria debe brillar pura y perenne para iluminar los senderos que conducen al Supremo bien.

C. S. P.

DOLORA.

EL BÁLSAMO DEL ALMA.

—¿Quién eres?—Soy una flor
Que se llama sentimiento,
Cuyo aroma es el aliento
Del más casto y puro amor.
Al corazon dá la calma,
Vivifica y fortalece;
Éxtasis y no adormece
Las intuiciones del alma.
—¿De dónde emanar?—Del cielo.
—¿Te inspira?—El Supremo Sér.
—¿Siente tu alma?—Placer
Que simboliza el consuelo.
—¿Dó vas?—Donde el pobre gime.
—¿Cuál tu mision?—Consolar.
—¿Y tu goce?—El amparar
Al que el infortunio oprime.
—¿De ese bien de goces lleno
Te compensará su esencia?
—Me basta que la conciencia
Duerma tranquila en mi seno.
Porque mi nombre en accion
Como iniciacion divina
Solo tiende y se encamina
A la paz del corazon.
Soy virtud, felicidad,
Paz, amor, dicha inefable,
Soy un todo incomparable:
Llamánme «La Caridad.»

Joaquín Domínguez.

LAS HORCAS CAUDINAS.

POR F. DE ZULUETA.

—Si el señorito á quien abro la puerta todas las noches por encargo de la señora del principal no me dá hoy cinco duros, ya puede volver por donde venga.

Yo no me dí por aludido; solo noté desde el final de la calle que ella asomaba en el segundo, y satisfecho de no ser ella la aludida, me marché sin hacerla el oso, porque esto lo hubiera hecho cualquiera en mi lugar, y yo soy muy original.

A la altura á que se hallaba mi asunto debia haber seguido mi conquista; pero eso era continuar la marcha ordinaria de las cosas: mis amigos me dijeron que cualquiera en mi caso hubiera avanzado más en la cuestion, y yo, por no ser como cualquiera, no avancé más.

De nada sirvieron las reflexiones de mis amigos sobre las conveniencias sociales. Yo me echaba este cálculo: ¡Si me quiere de veras, me querrá sin estas consideraciones, que por su tirantez son capaces de acabar con mi carácter independiente, y

si no me quiere, aunque tenga más diplomacia que Lord Palmerston, me quedaré *in albis*.

Y no avancé. Es más, proyecté un viaje para ver si durante mi ausencia se atrevía ella á tener relaciones con otro. Mis amigos me dijeron que la escribiera. ¡Buenas y gordas! «Sime quiere, continuaba yo disertando, me querrá aunque no la escriba; amor que necesita alimentarse de pluma, es amor muy volandero. Me voy, no la escribo, y no me despidió tampoco!

¿Y si cree que la hago un desaire?

¡Bah! ¿no puedo yo tener una urgencia que me obligue á partir de la noche á la mañana sin tiempo siquiera para un *adiós*?

Y me marché.

III.

Tres meses despues volvía yo á Madrid, restregándome las manos de gusto. Desde el wagon asomaban mis narices descando verla.

Me estará esperando, me decía yo; me recibirá con su afable sonrisa.

La sola idea del placer que iba á experimentar al verla me compensaba de aquellos noventa y dos dias de ausencia tan amarga y tan caprichosamente sufridos.

No hay quien como yo sepa poner á prueba la fidelidad de una mujer.

¡Cuánto sufrí aquel día hasta la hora del paseo! Mi primer impulso, el impulso que tuve toda la mañana, fué el volver á su calle, pero ¡bah! eso lo haría un amante vulgar, y yo era una excepcion del vulgo.

A la tarde fuí á paseo al Retiro; mas ella no pareció; del Retiro me dirigí á la Castellana, tampoco estaba allí: no asomé por ningún lado: indudablemente no habia salido de paseo.

En cualquier otro, este pasear arriba y abajo hubiera sido sospechoso; pero en mí, á mis ojos, aquello era muy natural: hacía tiempo que no veía la sociedad madrileña, ni daba paseos largos, y aquel día le di, no porque buscara á nadie, sino porque acaba de llegar, etc, etc.

Por la noche me fuí al teatro de la Zarzuela.

No se hallaba ella, ni era su turno. Salí de la Zarzuela y me dirigí al teatro del Principe: habia muy poca gente, y ella no estaba. Del Principe fuí á Variedades: no la encontré tampoco. De Variedades á Novedades: no habia de qué.

De Novedades al Real. Allí miré localidad por localidad durante el segundo entreacto—¡Que si quieres! Por último, viendo que allí tampoco estaba, me encaminé al Circo, á cuya puerta despedí al cochero. Pues idem de idem.

Allí, en una butaca, renegando de la orquesta, del público y de los actores, comencé á reflexionar que tal serie de contrariedades eran un mal presagio para mi amor; y como que iba á mi casa; (yo vivía en la Puerta del Sol) me dirigí calle del Barquillo arriba.

¡Ah! mi pecho latió con emocion: el balcon de su gabinete estaba iluminado. No habia salido ella tampoco de noche.

Tranquilo con este incidente, me fuí á mi casa, y al acostarme se me ocurrió la duda de si lo que yo habia hecho aquella noche era ó no lo que cualquiera hubiera hecho en idéntico caso.

No, exclamé; nadie es capaz de recorrer como yo, por curiosidad, todos los teatros sin ver funcion alguna.

En efecto: yo no habia hecho lo que cualquiera: habia hecho más que ninguno.

La dignidad del hombre, segun mi teoria, no puede avenirse con que se ande como un zascandil detrás de una mujer. Yo habia tenido el natural deseo de ver á una persona que me agradaba; pero no era esclavo de pasion alguna.

Al día siguiente no pude menos de acudir al Retiro y á la Castellana; pero ni en uno ni en otro paseo la hallé. Es verdad que á cualquiera hubiera extrañado volviese yo á darme paseos tan largos; pero parecia que me dolía la cabeza y necesitaba respirar toda clase de aires.

Por la noche fuí á la Zarzuela, pues tocaba á su turno. Tomé una butaca de fila alta; pero no porque se veía bien desde ella su palco, sino porque queria tener á la vista todo el público.

Mas tampoco llegó ella, y yo pasé una mala noche. Tanto que me hice esta reflexion:—¿Es posible que tú te abatas por tan poca cosa?

Bueno que la quieras, que la ames; pero tu amor debe ser excepcional: debes tener más filosofia.

Pronto la verdadera reflexion vino en mi auxilio: La zarzuela que se echaba era mala, y esta la única causa de mi incomodidad.

Quedé tan convencido.

Al segundo acto vi moverse la cortina del palco: ¿por qué no confesarlo? sentí una eléctrica conmocion, una sacudida nerviosa; pero ¡ay! era su familia, su familia solamente la que llegaba al palco.

Disgustado, sin duda por la Zarzuela, me marché hacia mi casa; pero mis piés me llevaron camino de la de ella, y murmurando «por todas partes se vá á Roma» subí toda la calle del Barquillo. Era una tontería dejar de ir por allí, porque ella viviese; por eso, más ó menos, no era cosa de dejar de satisfacer aquel *capricho*, que provenia del mal humor causado por ver una funcion detestable.

Al pasar junto á su casa, así como quien mira el tiempo que hace, eché una ojéada á su cuarto tercero; no vi luz en el gabinete, y me paré. No era mi pasion la que me paraba, no, ni el deseo de seguir en busca de ella; nada de eso. Me paraba solo lo chocante que era no ver luz en casa de una persona que no estaba en el teatro.

Y ella no podia estar en otro teatro, porque nunca salia sino con su familia.

Un rato estuve mirando á aquel balcon, y luego, soberanamente incomodado por la contrariedad de no satisfacer mi curiosidad, segun yo creia, me marché á mi casa.

Y aquí empieza la parte lastimosa de mi historia.

Cuando creia yo volverla á ver tan amante, tan fiel, tan triste durante mi ausencia, me llevé un solemne petardo.

La primera vez que di con ella me miró de alto á bajo, como diciendo: «¿es usted?» y con la mayor indiferencia continuó su camino sin hacer maldito el caso de mi persona.

Yo me puse verde, rojo, amarillo, de todos los colores del arco iris—¿Que significaba la actitud de mi amada?

Otras dos veces que la encontré sostuve mi mirada con la impasibilidad de la indiferencia. Y yo no podia serla indiferente; imposible. Nadie era capaz de hacérmelo creer.

¿Seria que tenia otro novio? ¿Seria que estaba resentida con mi proceder? Yo miré y remiré, bus-

qué y rebusqué, indigné y removi todos los antecedentes, datos y noticias relativas á ella.

No deduje nada.

Era evidente, no tenía novio; pero tampoco me tenía á mi por tal.

Lo peor de todo era que no se mostraba enojada conmigo. No se ocupaba de mí ni para eso siquiera.

Entonces convine en que me habia excedido. Indudablemente mi excentricidad me habia llevado algo lejos; yo no debía dar nunca mi brazo á torcer; pero de eso á hacer creer á una muchacha que me es completamente indiferente, hay alguna distancia que salvó en un instante mi irreflexivo puritanismo.

Mi situación presente era comprometida; pero no debía darme por vencido: eso es lo que ordinariamente, en caso análogo suele hacerse, pero yo no queria vivir *ordinariamente*.

Yo busqué todos los medios imaginables de deterrar de mi imaginación aquella idea. Yo la miraba, yo la seguía, yo parecía no poder vivir sin ella. Pero esto no era rebajarme, esto no era declararme pollescamente. Esto era, segun mi juicio un desagravio á la ofensa que involuntariamente la habia hecho. Yo hacia todo esto, no porque ella llegara á quererme caso de que no me quisiera, sino porque no tuviese mala opinion de mí.

Una semana entera pasé haciendome el victima de sus amores. Un dia por fin me miró, y su mirada irradió de tal manera que comprendí que me queria y que estaba satisfecha de mi nueva actitud.

Esto no me bastó; yo quise convencerme *completamente* segun mi frase ¡ay! cuantas horas cuantos dias pasé rondando sus balcones.

Dado el primer paso fué necesario dar el segundo: la telegrafia digital fué mi segundo recurso. Yo me habia reido mucho de los que hacen el oso y gesticulan, y... y estaba en mi derecho. Yo lo que hacia era natural, lo hacia en desagravio; para que se convenciese que era yo hombre de formalidad.

Total: á los ocho dias de llegar á Madrid estaba en relaciones con ella.

Cuando ya me encontré novio hecho y derecho, dije para mi capote.—Pero hombre, parece imposible que este mundo tenga recursos tan pobres. Si no es por esa casualidad de su aparente indiferencia.

Yo iba retrayéndome de toda otra sociedad; mi amor me iba absorbiendo pensamientos, sentimientos, todo: cuanto hacia todo era amor, cuanto hablaba amor. En fin mi amor era ya incurable.

Una mañana muy temprano me desperté, arrojé de pronto mi cubierta, y sentado en la cama, me tiré de las narices, arqueé las cejas, fruncí los labios, crucé los brazos, y me quedé reflexionando ¿por que estaba yo enamorado?

La contestación, por más que daba tormento á mi imagin, no quiso venirse á las mientes.

Me acordé de aquel fumoso controvertista, Pico de la Mirándola que ponía el cartel del desafío y científico retando á todo el mundo á luchar dialécticamente con él.

—¿No podría yo retar á cualquiera á que me explicase las causas de este enamoramiento que me vá ya convirtiendo en uno de los encantados de los libros de caballerías?

Me erizado salió al paso á mis reflexiones.

—Señorito, me dijo, han traído esta carta.

—Quién, de parte de quién.

—No ha dicho...

—Bueno, dije—rasgó el sobre en blanco de la misteriosa misiva, y ¡oh gozo! ¡oh dolor! Era un billete de mi adorada, pero un billete en que se me daban tantas quejas y reproches, que me quedé con su lectura tan sério como la estatua ecuestre de la Plaza Mayor.

IV.

¿A que no saben ustedes qué capítulo de cargos tenía su carta? Pues cero y van dos, ni siquiera uno. Enumerábanse allí tantas quejas absurdas, tantas desgracias imaginarias, tantas soñadas infidelidades, que en resumidas cuentas aquello era el cuento de nunca acabar en cuanto á lamentaciones, y ni una acusación formal ni un cargo fundado en sustancia.

Cuando la ví, y hablé, y discutí, y argumenté y exigí que se explicase... se calló, aparentó darse por satisfecha pero siempre quedaba algo que yo no averiguaba, siempre estaba dispuesto á pensar en contra de mí. Fué preciso que yo me revistiera de cierta gravedad para que ella me confesase que habia creído que la era infiel, *porque sí*.

Conoció que aun habia nubes en aquel horizonte pero ¿qué determinación puede uno tomar cuando su novia le sonríe, y dice que *no tiene nada*.

Esperar la tempestad que amenaza con la resignación de la victoria maniatada que contempla el ara en que ha de ser inmolada en sacrificio.

Nuestra lengua es poco espiritual para expresar el estado patológico de los amantes. La vehemencia de su pasión, los celos, las situaciones, en fin más caracterizadas de dicho estado, se traducen por comparaciones con otros animales.

Se dice que uno es más fiel que un perro; que dos amantes están hechos dos palomos; que están de monos cuando regañan que hace el oso cuando el varón ronda á su adorada; que están como perros y gatos cuando, ya casados, no pueden avenirse.

Un dia me preguntó ella «¿que cuándo me presentaban en su casa?» Y entonces, aun, que como vulgarmente tambien suele decirse, estaba yo hecho un borrego por ella, exclamé, aludiendo á la pregunta: «esta era la madre del cordero.»

Entonces espuse la imposibilidad en que me en contraba de hacerlo, pues no conocia persona alguna de mi confianza que fuera visita suya.

No debió satisfacerle mucho mi contestación, pues desde entonces no volví á tener dia bueno. Unas veces que la dolía la cabeza, otras que un resfriado, ya los nervios, ya algun disgusto en su casa, ó que habia yo tardado, ó que parecia que yo tenia algo, el resultado era que no la encontré tan alegre, tan confiada, tan amante como anteriormente, y tomaba á veces un aire de victima que me incomodaba.

Mucho anduve yo romiéndose para decidirme si habia ó no de cumplir lo que indirectamente se me mandaba; pero al fin despues de haberme excusado veinte veces y de verme amagado de otros tantos rompimientos, un dia comprendí que su actitud era demasiado hostil para que yo dejase de poner cuantos medios estaban á mi alcance á fin de cumplir su deseo, si habiamos de continuar en relaciones.

Yo hubiera preferido un romántico encuentro, una ocasión cualquiera de presentarme á mí mismo. Soy por naturaleza enemigo de los actos oficiales de sociedad, y más de que me recomienden

para nada. Yo creo que me basto y me sobro á mi mismo, sobre todo para dar cuenta de mi persona.

Si siguiéndolas cualquier día cayera un chaparrón, con tal fuerza que hiciera saltar las piedras y estuviesen ella y su mamá sin paraguas, y pasase yo y le tuviese, y fuese tras ellas, y me permitieran ofrecerlo...llegaba mi soñada ocasión, mi deseado lance. Pero dirá cualquiera que este es un conjunto de casualidades, que pueden presentarse una sola vez en la vida. Pues eso es precisamente lo que yo busco, esa única vez. Cierta amigo mío lo buscó y merced al anti acuático instrumento, ya está casado, y quién sabe si á estas fechas será padre de familia.

Pero ¡llover a horas! y está cayendo cada escarcha que hiela el agua de las fuentes y ha convertido en árbol el chorro grande de la Puerta del Sol. Al menos si al sol le diese gana de liquidar todo lo solidificado, la convencería de que una tarde-cita se fuese con su mamá á los Campos Eliseos. Excelente idea. Se embarcaban en aquel ensayo de canal y caricatura de río, me meto yo en el bote y al llegar á la isla de los faisanes, digo gansos, procuro por un balanceo que vuelque la embarcación, y saco yo á la madre y á la hija de aquel conato de naufragio; me dan las gracias, me ofrecen la casa, y queda todo hecho.

Y si cogemos ella ó yo una enfermedad con la mojadural... bahl á algo se ha de exponer uno. ¿Y si el barco no vuelca? Soborno al maquinista del vapor para que nos *pase por ojo*. ¿Y si el maquinista tiene miedo, porque no sabe nadar? ¿Y si revienta la caldera, y el agua hirviendo me deja hecho un pollo cocidito?

Es mejor la montaña rusa: que se dejen caer á ver si descarrilan, y llevo yo árnica, y vendas, y tomo un coche y aviso á un médico amigo y...No, lo que es en la montaña rusa no quiero ver á mi novia expuesta y peligrosa, y las emociones que allí podía ella tener no son propias para un corazón sensible.

Mis reflexiones no me daban solución alguna factible, y volví á pensar en mi presentación oficial. Pero ¿quién de mis amigos entraba en aquella casa?

(Se continuará).

PENSAMIENTOS.

Avecilla, la avecilla
De negras alas de cuervo,
La mensajera constante
De primaverales sueños,
Si tu corazón es blanco,
Tan blanco como es tu pecho,
Vuela, y di al ángel que adoro
Que sin sus amores muero;
Que me era blanca la suerte,
Tan blanca como tu pecho,
Y la ha tornado la ausencia
¡Como las alas del cuervo!....

J. de Huelbes.

MARÍA.

I.

¡Qué grande, qué inmenso es el poder del Principio de los mundos!

De oro es el alcázar que habita, perlas y zafiros ostentan sus paredes miríficas, sus salones bellos, sus bóvedas suntuosas.

El ropaje que le circunda irradia fulgentes rayos.

Y su voz conmueve los orbes, y su presencia conmueve el empireo, y sus ojos despiden raudales de claridad, que todo lo alumbran.

Millones de espíritus están pendientes de su voluntad.

Y tiene por alfombra el firmamento, tachonado de espléndidos soles.

Y recorre los espacios, precedido de querubes que pulsan liras de nácar, derramando suaves armonías.

El hace estallar el trueno; las tempestades rugen á su menor señal.

Emisarios celestes baten ante sus régias plantas sus alas de gasa, confundidos con los resplandores de su majestad.

Y le rinde homenaje la creación, obra de su sabiduría.

Y las flores, mostrando sus colores, sus gracias, sus encantos, le envían el aroma que poseen.

Y los seres todos bendicen á su Hacedor, reconociendo su soberanía.

II.

Infinita es la bondad del Señor invisible.

Un pensamiento grande concibió su mente divina: la formación del hombre.

El barro fué el material de que se valió.

Y para enriquecerle y sublimarle, le hizo á su imagen y semejanza.

Por eso su alma, centella de su esencia, es imperecedera, incorruptible, inmortal.

¿Hay algo que pueda compararse con ese tesoro que la criatura encierra?

No.

Los bienes, las riquezas, las humanas dignidades, son cosas despreciables.

Y el hombre, á pesar de tantos honores, de las mercedes que le regaló el Bueno, el Justo, manchó los claros timbres de su grandeza.

¡Qué ingratitud!... ¡Qué monstruosidad!... ¡Qué locura!...

Rebelóse contra su Protector, por quien era rey de la naturaleza.

Le había dado un código para que le observa-

ra, y no lo hizo: rasgó sus preciosas páginas, que encerraban la ley de su Criador.

Sintió tamaña ofensa el Monarca Supremo, y fulminó tremendo anatema contra el primer rebelde, é hizo estremecer con su vibrante espada la deliciosa mansion del culpable.

La humanidad empezó á sufrir las consecuencias de su apostasia.

Innumerables males produjo, en efecto, el crimen del Paraíso.

La copa del dolor era apurada por la raza prevaricadora.

Pero Jehová, clemente y piadoso, había prometido, en obsequio de los hombres, enviar á su hijo á la tierra.

Y así se realizó.

Y Jesús, el Dios-amor, abandonó su sólio de esmeraldas, y se despojó de los esplendores que le cubrían.

Y se vistió con el traje de la naturaleza humana.

Nació de una Mujer pura, santa, bendita, de la segunda Eva, que había de reparar los desórdenes de la primera.

Mecióse su cuna en un duro lecho, entre unas miserables pajas, en el suelo de un portal humilde.

Y predicó una doctrina angusta, y derramó el bien, y murió en una cruz, dejando á la humanidad una joya de incomparable mérito.

III.

No se ha visto en la tierra criatura más perfecta que la cándida azucena del Gólgota.

La aurora la acarició con sus primeros rayos cuando vió la luz del día; y el cielo se engalanó con arreboles de oro, con primorosos festones, con elegantes gasas.

Era más hermosa que los serafines, más pura que la sonrisa de la inocencia, más suave que el murmullo de las rosas, mas benigna que la brisa de Mayo.

Las auras jugueteaban con su lindo cabello, y besaban su donoso rostro, que resplandecía con los encantos de la belleza.

Y de sus lábios fluían raudales de dulzura, elevados conceptos, inspiradas frases, palabras que fortalecían los ánimos.

Y la fragancia que exhalaba no podía compararse con la de la modesta violeta, el airoso jazmin, el gallardo lirio.

Y su acento era más sonoro que el del ruiseñor, y más esbeto que la palma su talle, y su tez más tersa que el bruñido mármol.

Las aves gorjeaban á su rededor, enjñando melodiosos himnos.

De júbilo susurraba el bullidor arroyo, deslizándose apacible por entre amenos campos, que ofrecían los variados matices de sus plantas lozanas.

Y el mar sacudía su verde melena, y movía mansamente sus ondas, y dibujaba el nombre de María con su blanca espuma.

Y las flores se estremecían alegres, y desplegaban sus pintadas hojas, y le enviaban en alas del céfiro su delicado aroma.

Y el universo entero confesaba sus glorias, y admiraba la tierra las gracias de la Hija predilecta del Altísimo.

IV.

Bellísima, en verdad, es la historia de María. Corrió siempre, asistida de lo alto, por los senderos de la justicia.

No había acción buena que no ejecutara, virtud que no poseyese, sacrificio que no hiciera.

Con sumo cuidado guardó los divinos preceptos.

Nunca desobedeció al Altísimo.

Jesús era su embeleso, su todo; y en su faz, bella, risueña, encantadora, imprimiera tiernos y dulces ósculos.

¿Qué jerarquía podía ponerse en parangón con la de María?...

Ella había llevado en su seno al Monarca de los orbes.

Ella le estrechó en sus brazos, le colmó de caricias, recibió sus enseñanzas sublimes, tomó parte en sus trabajos.

Ella asistió á la ejecución de la Santa Víctima.

V.

Poderoso es el valimiento de la Virgen pia.

La Iglesia, reconociendo su patrocinio, enriqueció su preciosa diadema con nuevos florones.

Es depositaria María de los tesoros divinos; y por eso llena de gozo, derrama con mano pródiga el benéfico rocío de sus finezas.

¿A quién, sino á esta excelsa Virgen, se deben los triunfos de la verdad sobre el error?...

María fué la que abatió el orgullo de los Neronés, é hizo fracasar los planes de los Enríques, y destruyó falanjes impías.

Los oprimidos invocaban su protección y sus ruegos eran escuchados.

Y veíanse desaparecer los colosos del mundo, y desplomarse los imperios del despotismo, y hundirse los edificios erigidos á la soberbia.

Y las coronas envilecidas por el crimen desprendíanse de régias sienes, y eran profanadas por el polvo.

Porque la influencia de Maria se dejaba sentir de una manera admirable.

¿Cuántos combates no ha sufrido el catolicismo!...

Mirad esa legion de gigantes que parece sostienen el mundo.

¿Qué quieren? ¿Qué pretenden? ¿Qué pensamientos les dominan?...

Pero no hay necesidad de preguntarlo, porque basta observar sus actos.

Desean matar la idea cristiana, borrar de la historia el gran suceso de Calvario, destruir el altar majestuoso de la religion.

Pero son impotentes sus esfuerzos.

La herejía es confundida, la filosofia es refutada por varones católicos, la fuerza bruta aniquila sus propias obras.

Sí... porque Maria, la Madre del Legislador supremo, domó la cerviz de los verdugos de la humanidad.

VI.

¿No os sorprenden esas grandes figuras que brillan en el cielo de las ciencias?...

¿No admirais los hechos de los paladines de la fé, que ornaron sus frentes con laureles inmarcesibles?...

¿No os cautivan los escritos de los egregios campeones de la verdad católica?...

¡Ah!... Todos recibieron señalados dones de Maria, de esa augusta Capitana de las huestes cristianas.

Bajo su manto de estrellas se cobijaban, y á sus altares acudían, y á sus plantas caían de rodillas.

¡España!... ¿Qué pueblo tan favorecido de la Inmaculada Princesa!...

La patria de Pelayo es, sí, la nacion más mimada de la Soberana de la eternidad.

Maria sostuvo el brazo de nuestros guerreros. Covadonga, San Quintín, Lepanto, Granada, las Navas de Tolosa, nos recuerdan el poder de la ilustre Virgen.

En la lid memorable de siete siglos, ¿no fué humillada la Media Luna por la Cruz escelsa?...

¡Eso salió el sagrado lábaro de tan sangrienta lucha, porque Maria sostenía los fueros de la religion.

Los bravos la invocaban en el fragor de las batallas, y adornaban su pecho con su imagen, y la llevaban en sus banderas.

¿Quién animó á nuestros soldados en la reciente campaña con el imperio de Marruecos?...

¿Quién les comunicó ese valor que los hizo invencibles?...

Una serie de acciones gloriosas alcanzó el ejército cristiano.

Y ese pueblo bárbaro, fanático, supersticioso, confesó nuestra pujanza.

¿Qué había de suceder?... Maria peleaba á nuestro lado, y la causa de la justicia triunfó.

VII.

¿Qué creyente, qué amante de la doctrina evangélica no recibió algun beneficio de la pulcra Virgen?...

Muchas, sí, son las gracias que derrama sobre las almas que en ella confían.

Con razon es llamada la abogada de los débiles y la protectora de los que gimen.

VIII.

Tu patrocinio es grande, ¡oh, Maria!...

Pío IX devora terribles angustias.

Os ama.

Con gran júbilo del mundo católico, ha elevado á la categoría de dogma el misterio de tu *Concepción Inmaculada*.

No le desapareis hoy, que sus enemigos le martirizan.

Haced que se disipen, Virgen Santa, las nubes que ennegrecen el horizonte de la Iglesia.

Que el Pontificado, tan perseguido, triunfe pronto, y adorne su frente con nuevos trofeos de sus eternos contrarios.

Ramon Doldan y Fernandez.

LAS VIRTUDES TEOLOGALES

GLOSA.

FUENTES DE FELICIDAD.

PURO ROCIO DEL CIELO,

PRODIGAN DULCE CONSUELO

FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD.

I.

Es la Fé sublime creencia
De la santa Religion,
Es aura que el corazón,
Purifica con su esencia,
Brisa de amor y clemencia
Que arrulla á la Cristiandad,
Don de la Divinidad,
Que en tristes vicisitudes
Germina egrégias virtudes
FUENTES DE FELICIDAD.

II.

La ESPERANZA siempre ha sido
Bálsamo de hondos pesares.
El náufrago en altos mares,
En la tierra el desvalido,
Postrados ante el UNGIDO
Imploran gracia y consuelo;
Y para calmar su duelo
El SER que todo lo alcanza,
Les envía la ESPERANZA,
PURO ROCÍO DEL CIELO.

III.

La CARIDAD! ¿Hay virtud
Mas benéfica y sublime?
Ella al cautivo redime
De ominosa esclavitud,
Al enfermo da salud;
Y cual ángeles del cielo
Los que la ejerce con celo
En pro de los afligidos,
Sobre pechos doloridos
PRODIGAN DULCE CONSUELO.

IV.

En el mágico pensil
De la Religión cristiana,
Primavera, siempre ufana,
Eterniza el sol de abril;
Y entre lindas flores mil,
De Dios la inmensa bondad
Permite á la humanidad
Elegir las tres mas bellas.
¿No sabéis cuales son ellas?
FE, ESPERANZA Y CARIDAD.

Wenceslao Ayguals de Izco.

CUADRO BÍBLICO.

La mano del omnipotente desplegó la amplitud de los cielos, y la extension del Océano como una tienda pastoral. Dió la sonrisa á la luz; la melancolía á las tinieblas. Creó lo mas grande y lo más pequeño; el rio sonante, y el pobre arroyuelo; el desmesurado baobab y el humilde hisopo; el cedro y el timo; el elefante y la hormiga; montes que lanzan sus cumbres á las nubes, y profundidad de abismos. Creó un prodigio de fuerzas y de inteligencia, el hombre; un milagro de hermosura, y suavidad, la mujer. Grandees Dios. El hizo lo que era bueno y se complació de ello.

El Eden sonreía á nuestros progenitores; la inocencia y los ángeles conversaban con ellos; el cielo estaba junto á la tierra; todo sale perfecto de las manos del Eterno; pero el hombre todo lo altera y destruye. El orgullo, aquel demonio infernal que despues planteó su grandeza en los gemidos de todos, sedujo el corazon de la mujer y su veneno se introdujo tambien en el hombre. Tan estrecho es el lazo entre los dos. El hijo de la tierra quiso igualarse al Creador de los cielos y perdió el Eden. La humana estirpe juntó por herencia dias de maldicion y desventura. La sentencia fué= sudor de frente y fatiga= Sin embargo, en la sentencia que

venia del Cielo estaba encerrado un tesoro, una fuerza de redencion, la divina Caridad.

El trabajo desarrolla el ingenio y proporciona robustez y sanidad al cuerpo; con el ingenio el hombre imita á su Creador. Si el orgullo perdió á nuestros primeros padres, la envidia turbó la doméstica felicidad primitiva. La mano de Cain fue fraticida; pero el cielo estuvo con la victima; el infierno y el remordimiento con el agresor; este con la señal de la maldicion sobre la frente anduvo errando por la tierra; ora á modo de quien se interna en las selvas; ora implora la muerte como el mas dulce de los bienes; pero no, que viva; que viva y se arrepienta! La escuela de Cain es norma del hombre pervertido, y la palabra de Dios es rechazada; por esto es menester (¡terrible necesidad!) renovar la gente y exterminar la antigua. El diluvio ahoga la putrefaccion de los hombres y de los vicios; mas, sin embargo, sobre el enfurecido Océano fluctúa el arca de salvacion: el justo sobrevive á las ruinas del mundo; se bajan las olas; aplácense la ira de Dios. Dios es bueno y caritativo.

El arca está sobre los montes y los montes que están mas cerca de los cielos, empiezan á oír humanos lenguages. La vanidad del hombre quiere procurarse seguridad á si misma, si otra vez se enciende la cólera de Dios; alza á Babel, pero Babel es confusion; no hay amparo contra el brazo de Dios. El corazon puro, y el alma benéfica son cosas muy caras al Señor. Abraham es el hijo del amor celestial, es el peregrino de la gloria, es el Mesias del tiempo antiguo, la viva imagen de la Caridad; de él saldrá una nacion numerosa como las estrellas del cielo, resplandeciente como el Sol, poderosa como el brazo de Dios. Sara no cree; ¡inecual! ¿y puede nunca faltar una promesa de Dios? El esperado vendrá. Isaac cumple los votos de sus padres, y las promesas divinas. El hermano menor vence al mayor; los merecimientos y no las años obtienen la primacia; la envidia devora el corazon del tosco Esau; busca la muerte de Jacob, pero este escapa de la furia de su perseguidor; entre la oscuridad yace sobre los duros guijarros el jóven; mas sus miradas se consuelan en las visiones celestiales, su corazon en las promesas de Dios, promesas de caridad y de amor. Casa de dulces parientes sosiega su amargo destierro, y el alma de Jacob palpita por la hermosa Raquel. Largo amor y largo trabajo le conquistaron al fin á aquella amada; pero su corazon no encuentra paz hasta que no vuelva á ver el techo paterno; el suspiro de los generosos no va perdido; vuelve á Canaán rico de rebaños y pastores. La benignidad de Jacob ha vencido la fiera de Esau; entrambos se abrazan llorando; la caridad ha triunfado del corazon de Esau; el bálsamo del olvido se esparce sobre el pasado y ambos habitan la tierra que les recuerda el comun origen y sus infantiles alegrías. Numerosa progenie consuela en un principio á Jacob; pero el veneno de la envidia, muerte y vicio comun á las almas degeneradas, llena de amargura la doméstica tranquilidad. A la falsa noticia acerca de la muerte de su querido, la vejez de Jacob está para bajar al sepulcro; mas despues la desventura es alegría para José, el dolor ofrece consuelos á Jacob. En tierra extranjería está el germen de la gran nacion. La mano del opresor quiere cortar á toda costa la planta de eleccion; pero ella germina mas vigorosa de sus heridas.

En una pequeña cesta está la esperanza de los hebreos; el niño salvado de las olas será la estrella de Israel. El abandona la tierra del vil dolor, y en los sagrados silencios de la soledad madura el gran pensamiento. El divino espíritu ha bajado sobre él; ha escuchado su voz; la hora ha sonado: el llamado se ha puesto en camino; el esclavo Israel despierta de su sueño. Suprema inteligencia es Moisés, y Aaron habla la inspirada palabra. Israel pide hacer honor de sacrificios á su Dios, y la ira del opresor se inflama y mas aflige á los miserables afligidos. El cielo envia sus signos y el cruel tirano se amedrenta y promete; pero al cesar el azote, es perjuro y falta á la promesa.

Moisés necesita de gran fuerza de animo; por un lado el furor del tirano y su deslealtad, y por otro el espanto y el lamento cobarde. El tirano ha pasado la medida de la divina y humana paciencia, pero la sangre es la última señal y es el pacto entre el oprimido y el opresor. El ángel de las tempestades y del estermínio agitó ya la espada, y toda casa egipcia resuena en llantos; mas esto no es sino el preludio; es la primera entonación del fúnebre poema; la tragedia cesa en el mar Rojo; la embriaguez de la venganza estinguió tirano y tiranía; resuena en la opuesta orilla el himno triunfal; gran día para narrarse á los hijos por la inteligencia de los padres.

La diestra de Dios sacó fuera de la tierra de esclavitud á los hebreos. Desde el profundo de la eterna sabiduría bajó sobre el Sinai el tesoro de la ley; el gran pacto se establece. Supremo emperador, Dios desde los cielos reinará sobre Israel. Inmensas son las bendiciones para los observantes de la ley; terribles los castigos para los violadores, y la mayor de las desventuras, la esclavitud. La estirpe flaca y descontentadiza no verá la tierra prometida, que solo está preparada para la progenie nueva creciendo al aire abierto alimentada de fuerte vida; antes el mismo gran capitán, porque dudó, solo la divisará desde las cumbres del monte; pero envano suspirará por ella, nunca le será concedido besarla. El arca santa es la insignia de Israel y espanto de los enemigos por sus hazañas llamará á Josué Brazo de Dios.—El atraviesa el Jordán que aparta las olas, como el Eritreo. Al radiar de la espada del héroe caen treinta y un reyes; gentes de idolatria y de la mataría.—Vosotros que os habeis hecho Dios de oro y de plata, desapareced; la religion del espíritu, la elegida república de Israel debe nacer sobre vuestro terreno; á donde el suelo se enzarzaba con abrojos se alegra con lirios y rosas. Salvo serás Israel, sino te contaminas de las inmundicias de los vencidos. Pero tu eres un pueblo de dura cerviz; eres ciego, y á menudo gritas—viva mi muerte, muera mi vida—y Dios te abandona á tu ceguera ¿quieres ídolos? no evitarás la esclavitud, sentida la amargura de tal trabajo te vuelves al Señor, y su Caridad se escucha, bajando en sus gefes el espíritu del Cielo; sus enemigos son dispersados y despedazadas sus cadenas; que el amor de la patria armó la lengua y la diestra tambien de los mas débiles. Da poder á las palabras de Débora, al brazo de Pael y al de Judit, Sansón es triste ejemplo de como femenil lisonja doma á los mas gallardos. Pero el pueblo móvil y ciego se hastia á menudo de su bienestar, los hebreos claman por un Rey; Samuel revela claramente la razon de los tronos y sin embargo, los hebreos claman por un Rey... Estupidez!.. anteponer el hijo

del hombre á Dios. El pueblo mide el mérito de la grande estatura; Saul es rey de violencia y procura miseria á los hijos de Jacob.—David devuelve la gloria al pueblo hebreo como en los tiempos de los jueces, y las victorias coronan su reino; el atractivo deleite arrastra despues su corazon, y se apodera de la amada no suya. Natán en la parábola de la única corderita quitada por el rico poderoso al pobre, anuncia al trono la verdad. Natán es el verdadero Sacerdote, cuyo oficio es templar el poderio de los grandes y ser la defensa de los débiles; Samuel habia dado principio á este santo ministerio. El incesto y la rebelion doméstica llenan de amargura los últimos dias del Rey cantor. Salomon no pide á Dios, ni gloria ni riquezas, sino sabiduria que es la guia de los pueblos. El levanta el gran palacio de Dios y asi colora el pensamiento que fue en la mente de David. Las mujeres ahogan la inteligencia de Salomon y Dios amenaza con castigo al pueblo y al rey. La tiranía de Roboam divide el reino y el reino dividido de tierra y de pensamientos abre fácil entrada á la violencia enemiga. Los reyes de Israel están del todo embrutecidos en la idolatria, ni aun una chispa de virtud brilla en ellos, están del todo en las tinieblas; pero Dios mandó el soplo de la tempestad: aterró á Israel, y le dejó esclavo en tierra no suya. Los profetas habian gritado, pero en vano, contra las infamias de los pueblos y de los reyes, habian anunciado los dias tristisimos de la esclavitud, como en Egipto. Tobias es el consuelo del afligido Israel; la sabiduria de Daniel y la hermosura de Estér templan las amarguras del desventurado Judá. Jeremias en su espíritu profético habia visto la tempestad del septentrion; pero los oyentes tenian hierros en los oidos y en el corazon; él miró la ruina de su querida patria y entonó la fúnebre cancion sobre la caída Jerusalem. Ezequiel profeta del destierro en medio á sus reproches contra los delitos de Solima, canta una Solima nueva, y los huesos misteriosos de la tumba: la gran resurreccion anunciada por los profetas tuvo efecto. Israel volvió á ver su tierra cuando su corazon fue regenerado en el dolor. Por la omnipotencia de las humanas vicisitudes tocó amarga vicisitud de los oprimidos á los opresores. En la comun voluntad y afecto se levantó de las cenizas Sión y su templo. Para alzar el gran palacio de Dios las mujeres ofrecieron sus joyas y sus adornos; á pesar del odio de Samaria se levanta otra vez Jerusalem, adquiriendo nuevo vigor; y el leon de Judá se despierta mas feroz de su sueño; en vano los herederos de la rapiña de Macedonia quieren encadenarle; alzáse contra él miles de enemigos y él está contra todos y vence. El generoso viejo Eleazar deja ejemplo de alto valor, el ejemplo no va perdido, y Judas Macabeo verdadero rayo de guerra recoge la herencia de sus grandes sentimientos; la historia no tiene héroe que se iguale á él; el campo fué su gloria.

El espíritu de ambicion corrompe el Sacerdocio, y el aguila romana vuelve á poner las garras en la hija de Sion.

CUADRO BIBLICO

Del nuevo testamento.

Ajeo é Isaias habian prometido al mundo entero que el Desendo vendria, y llegó. Llegó aquel de quien hubo tanto deseo y que abrió el camino entre el Cielo y la tierra, la nueva progenie bajó de

lo alto. Una cabaña y no una Casa Real fué su cuna. El se anunció, no á los grandes, sino á pobres pastores. Nació entre dos animales, desnudo en medio del frío para enseñar á los hombres que El quiere á los pobres. El Dios de los oprimidos y de los humildes; el Dios de los supremos y de los ínfimos, de los Reyes, y de los esclavos. El tiene contra sí la orgullosa é impopular sabiduría de los Doctores de la ley; la hipocresía y la crueldad de los sacerdotes, el poderío de los Césares, y hasta la traición del propio discípulo. El Justo está suspendido en la cruz del oprobio, mas la cruz del oprobio es la señal de la redención, Quien pereció, venció; quien muere, resucita. La tiranía de los Césares y la orgullosa doctrina de los sabios está frente á frente de los doce de Galilea, de los doce nuevos hijos de Jacob destinados á crear la nueva generación en el espíritu nuevo. Ellos viniendo de los cuatro vientos de la tierra llevan á los pueblos la inspirada palabra que por do quiera resuena. Llaman á las familias errantes á reunirse bajo un solo Dios y á formar de la tierra un solo redil bajo un solo pastor, y todo es amor, todo es caridad.

Lorenzo Badioli y Prota.

REVISTA DE MADRID.

Mayo.—San Isidro.—Diversiones futuras.—Teatros.—Dos amores.—La paja en el ojo ajeno.—Teatrito de Buena-Vista.

Tiende la primavera su manto de flores para vestir al mundo; derrama el sol sus brillantes rayos para vivificarla más, y toda la creación, en fin, parece que saluda la llegada del mes risueño de María, del mes de Mayo.

Cuando las nieves del invierno acaban de fundirse; cuando el frío cesa; cuando la alegría y la animación vuelven á sonreír en nuestros hogares, aparece la primavera con su corona de flores y su diadema de encantos con su programa de placeres y con su admirable decoración de ilusiones y de esperanzas.

Mayo, con su tibio aroma, es la tregua entre el frío y el calor, es el punto de fusión de estos dos extremos, es, por último, el mes en que el alma de las niñas se pone más en contacto con la esencia de las flores.

La vegetación es asombrosa durante su dominio; los árboles se cubren con el frondoso ropaje que tanto los engalana, y cada una de sus hojas es una página del libro de la Providencia.

Y sabéis, amables lectoras, por qué la primavera nos regala sus dones en el mes hermoso de Mayo... pues es solo porque este mes está consagrado á la Madre de la madres y á la Virgen de las virgenes; es solo porque la tierra necesita rendir su homenaje á la reina de las flores.

Mayo también nos trae la fiesta del patron de la heroica villa, con su romería bulliciosa y sus característicos rasgos; fiesta que lleva en sí todo el sabor nacional de nuestras rancias costumbres.

El pueblo de Madrid corre á las praderas donde

la tradición dice que labraba el santo, y después de adorarle en su ermita, se recrea sobre la verde alfombra de sus alrededores, con bailes, meriendas y paseos, no olvidándose de beber el agua que San Isidro hizo brotar de la dura roca, y que transmitida hoy por medio de una modesta fuente, se la muestra al público en la siguiente décima, la cual dice además la virtud que se supone al manantial expresado.

«¡Oh, ahijada tan divina
Como el milagro lo enseña;
Pues sacas agua de peña,
Milagrosa y cristalina;
El labio al raudal se inclina
Y bebe de su dulzura,
Pues San Isidro asegura
Que si con fé la bebieses,
Y calentura trajeres
Volverás sin calentura.»

Este año, como todos, la romería ha estado concurridísima, reinando en ella la alegría y la algazara que son proverbiales en el espíritu de nuestro pueblo.

Hablemos ahora un poco de las diversiones que se preparan antes de hablar de las que ya han pasado; es decir, de las últimas funciones que nos han dado los coliseos de la corte.

En los Campos Elíseos se están haciendo importantes mejoras para que el público pueda encontrar en aquel delicioso jardín todas las diversiones posibles; se dice que en el salón de conciertos se pondrán funciones dramáticas, y sabemos que el teatro de Rosini corresponderá á las esperanzas de los dilettanti.

El lindo circo del Príncipe Alfonso prepara también bastante novedad y variedad en sus espectáculos para seguir llevando á su recinto á los admiradores de los ejercicios ecuestres y gimnásticos.

Los teatros en la semana anterior han estrenado algunas obras, si bien se preparan á cerrar sus puertas al público hasta la próxima temporada.

En el PRÍNCIPE se puso en escena una obra de un joven, titulada *Dos amores*, y sea por la natural inexperiencia del autor, sea por los elogios que anticipadamente se la habían prodigado, no tuvo el éxito que hubiera sido de desear. Bien se ve aquí el inconveniente de alabar las obras antes de que el público las juzgue.

El Circo nos ha dado una preciosa comedia, titulada *La Paja en el ojo ajeno*, del conocido y reputado escritor D. Juan Cougigni, que fué aplaudida tanto como la obra se merecía.

VARIEDADES sigue dando magníficos espectáculos de prestidigitación, luciendo su admirable habilidad Mlle. Benita.

El teatrito de Buena-Vista ha dado una función dramática, que ha llamado mucho la atención, distinguiéndose los señores Cobeña y Calvo y la niña Consuelo Rey, poniéndose en escena el difícil drama *La Carcajada* y la linda pieza cuyo título es *La doctora en travesura*.

En la primera obra el Sr. Cobeña interpretó admirablemente el difícil papel de Andrés, dando claras pruebas de que conoce el arte y de que siente la inspiración del artista. Nunca creímos que pudiera hacer tanto el Sr. Cobeña que se colocó á la altura de un gran actor, conmoviendo á

la numerosa concurrencia y arrancando lágrimas y aplausos,

En la pieza *La Doctora en travesura*, la encantadora Consuelo Rey consiguió uno de sus primeros triunfos.

Nada más por hoy puedo deciros, amabilísimas lectoras; nada más que ofreceros un saludo en la próxima revista, y suplicaros que sepais aprovechar las delicias y placeres con que os brinda la estación.

Solo os pido que cojais algunas flores y embalsamándolas con vuestro aliento, las guardéis para este árido y pobre revistero, que tanto necesita de ellas en sus mal pergeñados escritos.

Yo os prometo arrancar pensamientos de mi alma para dedicárselos á la amabilidad y á la belleza.

Anjel Mondejar y Mendoza.

VRIEDADES.

El *Tecnologista*, una publicacion extranjera, nos dá la descripción y hace el panegirico de una máquina ó mejor de un compositor tipográfico que, segun dice, opera maravillas: la misma máquina es una especie de joya que cabe dentro de un estuche y que no pesa sino cien libras.

No esperen nuestros lectores, dice el periódico á que aludimos, una pintura de esta máquina; que por otra parte no puede interesar sino á los impresores y que hasta por ellos sería difícilmente comprendida. Es necesario verla y hacerla marchar por sí mismo para comprender todo lo que esta invencion tiene de ingenioso en su conjunto y en sus combinaciones. Digamos que sólo necesita un alfabeto de cada tipo; que con veinte libras de caracteres se podrá imprimir más de un año; que se pueden hacer espacios, interlinear, parangonear á voluntad, que no puede haber en la composicion ni líneas torcidas ni coquilles (empleo de una letra por otra), ni caracteres al revés, y que en fin, no hay que hacer distribucion. Los tipógrafos, concluye el periódico, comprenderán todas estas ventajas, sobre todo si aplican la máquina á la *clicherie*.

Ciertamente que esas ventajas se comprenden en un pueblo tal como el de los Estados-Unidos, donde ya existen compañías para la explotacion de ese género de aparatos. En ese país, apenas una máquina cualquiera arruina á los que se ocupan manualmente en una industria, otras profesiones llaman á los tráfugas y los enriquecen. Así como existe un proverbio que dice: «á rey muerto rey puesto,» podría decirse con acierto de la nacion americana: á industria, destruida para

las manos, industria puesta por el carácter emprendedor de sus hijos. Ahí está, por ejemplo, Scheerman, que algunos meses despues de su brillante campaña de Georgia, depone su victoriosa espada, y nuevo Cincinato abre en Nueva-York un almacen de tabacos. Y lo mismo sucedió con un formidable y belicoso ejército, con una marina diestra, emprendedora y aguerrida, cuyos individuos, una vez declarada la paz, abandonan unos los campamentos, otros sus terribles monitores, y cantando himnos de gloria se dirigen á las ciudades y se entregan á las artes pacíficas. Que se ensaye licenciar de una vez un ejército en cualquier otro país de Europa, y se verá cual es el resultado.

En el próximo número continuará la novela de costumbres titulada *Inocencia*, orijinal de nuestro querido amigo el bien reputado escritor Don Valentin Gomez, conocido con el seudónimo de VALENTINO.

Habiendo tenido que proporcionar descanso á las alumnas el día de San Isidro no pudimos dar **El Album** en la semana anterior, pero en cambio publicamos hoy dos números, y en el próximo repartiremos dos pliegos de *LA PERFECTA CASADA*.

Para evitar todo género de dudas así en la apreciaciones literarias como en la filosóficas de los artículos que en el **Album** se publican, debemos advertir que en los escritos firmados la responsabilidad de aquellas no es aceptada en manera alguna por la redaccion. Dejamos ancho campo á la controversia y á las distintas escuelas filosóficas y literarias y solo damos como opiniones exclusivamente nuestras las que aparecen en artículos que no lleven la firma del autor.

EDITOR RESPONSABLE.—D. Toribio Ruiz.

Imp. de la Academia Tipográfica,

DIRIJIDA POR LA SEÑORITA JAVIERA MORALES,

Leganitos 47, bajo, y San Marcial 1